



EL HIJO DE PARTENIO

En muchas de mis vidas he tenido tendencia a dormir poco. Parece, no obstante, que cuando cojo el sueño no quiero soltarlo, y me cuesta mucho despertarme: aun estando despierto no lo estoy realmente, durante horas es como si sólo me importaran mis necesidades biológicas, cualquier estímulo me irrita, especialmente la voz humana, y no digamos ya si esa voz trata de mantener conmigo una conversación civilizada. No soy sociable mientras no he recobrado del todo la consciencia, y en mi caso eso no ocurre hasta que despiertan por fin todas mis existencias pasadas. Es entonces cuando adquiero la capacidad de interesarme por los asuntos ajenos, como si esa capacidad fuera producto de haber vivido docenas de vidas, o tal vez sea que en mi fuero interno soy consciente de estar representando un papel tras otro y temo traicionarme hablando en árabe o jurando por el diez.

No es sencillo despertarse y no saber quién eres. Siempre tengo un nombre, como todo el mundo, pero un nombre no significa gran cosa después de haber tenido tantos. Puestos a elegir, me quedaría con el primero que me dieron. Le he cogido cariño. No me importa revelarlo si tengo que hablar de mí largo y tendido.

El nombre es Pérdicas. Pérdicas me llamaron la primera vez que nací, en Esmirna, en tiempos de Alejandro el Grande. Fue un momento muy poco solemne, aquel de mi primer nacimiento. Casi nadie tuvo noticia del evento, ni siquiera mis padres: mi padre, desde luego, tardó lo suyo en saberlo —no era un hombre muy apegado a los asuntos domésticos—, y en cuanto a mi madre, me acogió como uno acoge el final de algo desagradable, como una congestión o un dolor de muelas, y el principio de algo no demasiado prometedor, como la vejez o la pérdida de un ojo. Yo no fui consciente en absoluto, y hasta el día de mi muerte tampoco fui consciente de no haber nacido nunca antes: al igual que la mayoría de mis conciudadanos, crecí con la convicción de que toda alma ha vivido innumerables vidas desde el principio de los tiempos, reencarnándose una y otra vez en sucesivos cuerpos precederos, de modo que también yo tendría que haber sido alguien antes de ser Pérdicas. Mis padres me educaron en los nobles principios del pitagorismo, entre los cuales la doctrina de la transmigración de las almas, a pesar de su popularidad incontestable, no constituía un artículo de fe sino una creencia tan mundana y evidente como la redondez de la tierra o la estupidez de los tiranos. Más preocupados andaban mis padres por otras cuestiones, como mi glotón apego a las alubias —que los pitagóricos prohíben— o mi terca incapacidad para las matemáticas —que los pitagóricos ado-

ran—. Es inútil, rezongaba mi madre; este hijo nuestro nunca comprenderá una palabra. Querrás decir un número, respondía mi padre. ¡Por el diez!, juraba mi madre, iracunda; ¿es que nunca diré nada a derechas? Eso mismo me pregunto yo, mascullaba mi padre; está claro a quién ha salido este zopenco. Después de esto, por lo general, se enzarzaban en un combate cuerpo a cuerpo donde cada uno intentaba acelerar la siguiente reencarnación del otro, lo cual no me ayudaba gran cosa a progresar en el aprendizaje de las proporciones numéricas y las armonías celestiales que me garantizaría, si no una existencia feliz, sí al menos una futura encarnación en héroe o en dios —mis padres, en cambio, no confiaban en que pasara de pato o de lagarto.

La vida en Esmirna, por aquella época, no era nada sencilla para las gentes sencillas. Los poderosos —una irritante minoría— acogotaban a la multitud con impuestos, levadas, desahucios y condenas a muerte o a prisión. Según contaban mis padres cuando se daban una tregua, la vida era así desde siempre, desde mucho antes de que Alejandro nos liberara del yugo persa para uncirnos al suyo propio. Mi madre, que tenía sangre persa, juzgaba a los antiguos amos de Esmirna con mayor benevolencia que mi padre, griego de los pies a la cabeza, tan griego que consideraba a Alejandro y sus macedonios un hatajo de bárbaros usurpadores de la identidad helénica. Me parece estar viéndolo (a mi padre, no a Alejandro): alto, bronceado, untándose el cabello con una crema aromática hecha de mirra y aceite y vete a saber cuántas porquerías más, mientras mi madre, con su melena rizada recogida en un moño por encima del cogote, se aplicaba colorete en las mejillas para disimular los moratones de la última contienda. A su manera, se querían, aunque también es posible que se detestaran: no

era fácil distinguir la realidad de la apariencia en aquellos tiempos, a pesar de los muchos esfuerzos de los filósofos y los físicos.

Había muchos filósofos y físicos en Esmirna, a decir verdad había más filósofos y físicos en Esmirna que en cualquier otra ciudad griega, aunque se decía que en Atenas tampoco andaban escasos de ellos. Claro que los filósofos y los físicos se iban a vivir a Atenas atraídos por el lujo y el prestigio, mientras que a Esmirna se mudaban buscando refugio y anonimato. Esmirna había sido rica y poderosa, con un ágora repleta de vida y unos pórticos policromados sin rival alguno en toda Jonia, pero después, ya se sabe, los persas: todavía nos gobernaban cuando yo nací, si bien habían perdido el entusiasmo inicial y ya solo nos azotaban por no perder también la costumbre. Cuando Alejandro nos liberó (tendría yo nueve o diez años), lo hizo también con desdén, sin esforzarse demasiado. No se notó mucho, al principio, lo de la liberación, pero en algún momento debió de ocurrírsele a nuestro nuevo rey y señor que, si bien los ciudadanos de Esmirna no habíamos hecho nada para merecerlo —aunque tampoco habíamos hecho mucho para impedirlo—, la ciudad mostraba un aspecto tan decadente y asqueroso que afeaba el conjunto de la expansión griega por el continente asiático. Decidió, pues, construir una Esmirna completamente nueva, en un emplazamiento cercano. Él era así: donde otros ordenaban levantar una estatua, él mandaba construir una ciudad entera. No es de extrañar que le apodaran El Grande.

Ya era costumbre en aquella época que las cosas de palacio anduviesen despacio. La planificación de la nueva Esmirna se prolongó durante tantos años que los habitantes de la vieja Esmirna llegaron a creer que se lo habían ima-

ginado todo. Y, en efecto, al principio pudo más la imaginación que el sentido de la realidad: la nueva Esmirna disparó los anhelos y las expectativas, sobre todo, de los filósofos y los físicos, los cuales, resignados hasta entonces a ser meros ciudadanos, tal vez un poco más inútiles y pelmazos que el resto pero aun así ciudadanos normales y corrientes, creyeron llegado el momento de elevar sus voces y sus cabezas por encima del nivel medio de la multitud: la nueva Esmirna se les aparecía en sueños como un laboratorio gigantesco donde poner en práctica sus más controvertidas teorías, y en esto los pitagóricos llevaban ventaja —no en vano en el pasado habían gobernado Crotona y Tarento—. Armados con reglas y compases, y a menudo también con archipéndulas y otros instrumentos de difícil pronunciación y misterioso manejo, sentaban sus posaderas en las rugosas ruinas del ágora y, bajo un sol indiferente al raciocinio, se afanaban mañana y tarde en proyectar sobre la arena no solo la disposición idónea de las calles y los edificios que compondrían la nueva ciudad sino también las reglas de conducta que deberían imperar en ella e incluso los tipos de música que podrían interpretar sus habitantes. No era inusual que alzaran la voz y recurrieran al insulto cuando tropezaban con alguna discrepancia irresoluble: era entonces cuando todos comprobábamos que, por muy profundos y arcanos que fuesen sus conocimientos, también los sabios estaban hechos de bilis y acetona, y también a ellos les hervía la sangre al pincharles el orgullo. Los necios hacíamos apuestas: ¿cuánto tardaría Trasíbulo en saltarle los dientes a Filodemo? ¿Quién, Zenón o Cleón, sería el primero en arrojarle al otro el compás? ¿Golpearía Arquelao la cabeza de Meneceo, o mordería Meneceo el muslo de Arquelao? Al caer el sol, echábamos

cuentas. Los filósofos y los físicos, magullados y escupiendo sangre, reptaban de vuelta a sus cuchitriles. Los ganadores cobraban sus apuestas y los perdedores pagaban de buena gana, sabedores de que al día siguiente la suerte podría estar de su lado.

Todo, tanto los proyectos de los filósofos y los físicos como el ardor con que los necios jaleábamos sus envites, se fue enfriando paulatinamente, a medida que transcurrían los meses y los años y no volvía a oírse nada sobre los planes de Alejandro para la ciudad nueva. Confieso que acogí con alivio lo que la ciudad experimentó como su mayor decepción histórica. Mientras duró la euforia con la nueva Esmirna, mis padres se empeñaron con pueril obstinación en convertirme en un futuro miembro de la aristocracia filosófica. Día y noche se turnaban en el papel de maestro, desplegando ante mis ojos tan vasta extensión de nociones incomprensibles que no tardé en persuadirme de que el mundo no tenía ni pies ni cabeza. Por suerte, al abandonar la esperanza de ver algún día la nueva ciudad, abandonaron también sus proyectos para mi bienestar futuro. Volví a ser libre, pero había dejado de ser niño. Entre lección y lección, me había ido brotando abundante vello corporal, mi tono de voz había descendido al menos dos octavas, y ahora no podía cruzarme con mujer alguna sin sentir el mismo entusiasmo que un pitagórico ante un triángulo inscrito en un círculo.

En Esmirna, además de filósofos y físicos, había putas en cantidad. Putas de ademanes delicados y precios inasequibles, que bronceaban sus prohibitivos cuerpos en las terrazas del barrio alto, hidratando sus codiciadas pieles con zumos de frutas escasas y perfectas. Putas de días alternos, madres solteras y viudas jóvenes que por unos minu-

tos se ausentaban de su puesto en el mercado para sacarse un sobresueldo generalmente con marinos o viajeros de comercio que muchas veces les pagaban en especie. Putas sedicentes con su propio barrio a las afueras, tan respetadas por las mujeres como poco cotizadas por los hombres, herederas de tradiciones familiares de oscuro origen y con las cuales habían heredado también una clientela fiel y poco exigente. Putas temporeras que un verano hacían la calle y al siguiente se casaban con un egipcio y se mudaban a Tebas o al barrio de los contrabandistas, según la autenticidad del egipcio. Putas de quince años que no llegaban a los dieciséis y putas de setenta que llegaban fácilmente a centenarias. Todas ellas me parecían hermosas sin excepción.

Yo estudiaba sus costumbres, sus semejanzas y sus diferencias, su lenguaje verbal y corporal, prestando más atención a este último pero sin perder de vista o más bien de oído sus maneras de hablar, convencido de que algunas de las palabras que pronunciaban, si no todas, contenían la clave secreta que me permitiría gozar de su compañía. Anotaba en mi memoria —no sabía escribir— sus horarios, las rutas que seguían a diario, los rostros de sus acompañantes. En seguida renuncié a las delicias prohibidas del barrio alto, pero compensé ese sacrificio prometiéndome que jamás me conformaría con una mujer que hubiera perdido más de dos dientes y ninguno de ellos un incisivo. No cumplí mi promesa: la desgraciada que finalmente se ocupó de iniciarme en los tratos carnales, bien que de un modo un tanto apático, carecía al menos de seis piezas, entre ellas dos de los incisivos superiores. La recuerdo con cariño porque no se mofó de mi inexperiencia, porque me cobró apenas una cuarta parte de todos mis ahorros y por-

que gracias a ella conocí a Nastassia y eso cambió mi vida y me la destrozó. Bien mirado, cariños los justos.

A menudo me entretengo en relatármelo a mí mismo. Me he descrito centenares de veces, para no olvidarla, la destartalada habitación en cuyo diseño original —si es que hubo tal cosa— primaba la función de almacenar utensilios de limpieza —no quedaba el menor rastro de esos supuestos utensilios, del mismo modo que tampoco quedaba la menor huella en el resto de la casa de haberlos empleado—, en el piso superior de un edificio no exactamente ruinoso (las ruinas pueden ser bellas). En vano había hecho tintinear mis ahorros de puta en puta, de portal en portal: era una noche bulliciosa de finales del verano, olía a pescado frito y a higueras en sazón, clientes había de sobra para todas aquellas mujeres. Atendió a mis ruegos finalmente, en mi desánimo, una especie de cariátide desconchada, aproximadamente caritativa y solo humana de lejos —de cerca se asemejaba más a un paisaje arrasado por una o varias catástrofes—. La seguí, pacientemente, por un tramo de escaleras que se me hizo eterno, refrenando mis absurdos impulsos de adelantarla, hasta la habitación en penumbra, y allí, sobre una estera de cáñamo, intentó conducirme a un clímax que se resistía: ni cerrando los párpados conseguía evadirme de la angustiada visión de sus ojos hundidos en sendas cataratas cubiertas de legañas, de su boca de lamprea, de unos cabellos que parecían formar parte, no de cabeza alguna, sino de la apestosa estera en que los apoyaba. Todo su cuerpo, ya lo he dicho, hacía pensar en un cataclismo que hubiera aniquilado una vida ya de por sí lamentable: lo que no era blando y gelatinoso era sencillamente correoso, como un paraje volcánico en el que no se sabía dónde terminaba la lava y empezaba la roca. Por lo

que respecta a la única erupción que a mí me interesaba, llegó, decepcionante, al cabo de varios minutos de agónicas sacudidas. Por fin, exclamó la mujer, levantándose de improviso y atizándome un cabezazo en el esternón que me hizo perder el equilibrio. Para cuando quise recobrarlo, ya se había ido.

Estaba hecho. Al fin estaba hecho y no había ninguna razón para pensar más en ello. Se me imponía la obligación de olvidarlo, o al menos atenuar su recuerdo lo más posible, dejarlo ahí, latente, como garantía de que, en adelante, mi vida sexual no podría sino mejorar. Me dispuse a vestirme. Mi ropa no aparecía por ninguna parte. Sin duda la vieja se la había llevado, confundida —es más que probable que estuviera borracha—, añadiendo a mi desánimo un nuevo motivo de pesar aunque este, si es posible tal cosa, era un pesar de signo inverso, puesto que aquel decepcionante coito inaugural echaba por tierra mi mayor anhelo y destruía una imagen prevista y entrevista de mil maneras pero todas ellas mucho más hermosas que la que finalmente se había hecho realidad, mientras que este nuevo contratiempo venía a confirmar una pesadilla igualmente añeja en la cual yo atravesaba Esmirna de punta a cabo completamente en cueros: de todos los sueños que podían cumplirse, este era, precisamente, el que yo más temía. Y a todo ello vino a sumarse de inmediato la sospecha de que tal vez la vieja no se había confundido al llevarse mi ropa, sino que había procedido con deliberación y un secreto propósito, burlarse de mí o pedirme un rescate por las prendas, no cabía descartar nada.

Un ruido me distrajo de la enumeración mental de mis desdichas. Era un ruido de pasos no precisamente sigilosos que se aproximaban a la puerta haciendo crujir los tablo-

nes del suelo. Tan descomunal era el crujido, que esperaba encontrarme, cuando la puerta se abriera, a un titán como mínimo, así que deseché la idea de esconderme —uno no se esconde de divinidades, aunque sean menores— y me preparé para afrontar mi destino como haría todo noble griego en mi situación: cubriéndome con ambas manos la entrepierna.

La divinidad que se manifestó ante mi desnudez no era un titán, pero su mirada me hizo temblar como solo la tierra sabe temblar bajo las pisadas de los titanes. Tendría más o menos mi edad y era un poco más alta que yo. Los ojos de un color verde pálido. La tez algo más oscura que la mía, los brazos delgados sin ser escuálidos, el busto generoso sin haberse desarrollado aún del todo. La boca y la nariz eran pequeñas, pero bien proporcionadas. Su cabello era oscuro, largo y sucio. Apenas envuelta en andrajos —andrajos de un azul desvaído: andrajos celestiales—, toda ella era hermosa a su pesar, o al pesar de alguien, de quienquiera que fuese que no le permitía lavarse y arreglarse el pelo y las uñas —demasiado largas y llenas de mugre—. Sujetaba con ambas manos una palangana vacía y me miraba sin pestañear, sin abrir la boca, observándome sin curiosidad ni temor. Algo en su expresión me hizo pensar que no era la primera vez que veía a un hombre desnudo. Dio unos pasos hacia mí, dejó la palangana en el suelo, junto a la pared a mi izquierda, y retrocedió, sin dejar de mirarme, hacia la puerta. Levanté una mano, rogándole que esperara. Al hacerlo, mi pene saltó hacia arriba, como accionado por un muelle, y ambos, ella y yo, fuimos conscientes a la vez de mi erección y de sus causas. Ella se detuvo y sonrió.

—Por favor —le dije—. No quiero hacerte daño.

—¿Ah, no?

—¿Podrías ayudarme a salir de aquí?

—¿Estás ciego? —replicó—. La puerta está ahí mismo.

—Pero estoy desnudo —le expliqué.

—Eso ya lo veo.

La situación debía de resultarle tremendamente divertida.

—Has estado con Mirrina, ¿no es así? —preguntó.

—Puede ser. No me dijo su nombre.

—Sin duda ha sido Mirrina. Suele ocuparse de casos como el tuyo.

No me atreví a preguntarle a qué tipo de casos se refería, aunque por otro lado me resultaba bastante evidente.

—¿Sería posible que me consiguieras algo de ropa? —le supliqué—. Cualquiera cosa me sirve.

—¿Y qué ganaría yo con ello?

—Seguramente, mi admiración.

—Me parece que eso ya me lo he ganado —repuso, clavando ostensiblemente su mirada en mi entrepierna. Sin darme tiempo a reaccionar, volvió a levantar la vista y dijo—: Yo a ti te conozco.

No me pareció imposible, aunque me intrigó notablemente que hubiese llegado a aquella conclusión después de mirarme la polla. Me encogí de hombros.

—Soy uno de tantos —dije—. Me habrás visto por ahí, igual que yo a ti.

Lo cual no era cierto, pues podía jurar que nunca la habría olvidado, de haberla visto en alguna otra ocasión, por fugaz que fuese.

—Yo no salgo mucho —dijo, como si reflexionase en voz alta—. La verdad es que no salgo nada, no me lo permiten, así que, si es la primera vez que vienes por aquí... A lo mejor me recuerdas a alguien.

—A lo mejor.

Permaneció pensativa aún unos segundos, para finalmente, sacudiendo la cabeza, murmurar:

—Te traeré algo de ropa. Aunque no sé por qué debería ayudarte...

Salió sin hacer ruido, y sin hacer ruido volvió al cabo de unos minutos. Quise preguntarle por qué, si era capaz de caminar tan silenciosa, había hecho tanto ruido la vez anterior, pero me pareció que podría perfectamente sobrevivir sin saberlo. Traía consigo un quitón de lino un tanto hediondo y agujereado y me ayudó a ponérmelo.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Me gustaría irme a mi casa —dije.

—Por aquí.

Me condujo al pasillo que yo ya conocía, pero antes de llegar a la escalera se detuvo y me miró de hito en hito.

—Tendrás que devolverme la ropa —dijo—. Cuando hayas vuelto a tu casa. Te cambias y vuelves a traerme el quitón.

—De acuerdo.

—No querría meterme en un lío por tu culpa.

—Jamás permitiría que te metieras en lío alguno por mi culpa.

—¿Me das tu palabra?

Mi palabra no valía mucho, o eso creía yo, pero se la di.

—Te lo prometo —dije.

Abajo, una especie de taberna improvisada que yo había atravesado antes de subir pero que solo ahora se asemejaba a una taberna y no a una vivienda invadida por una legión de vecinos ruidosos: desde el hueco de la escalera observé una estancia repleta de mesas alargadas y bancos atestados de hombres bebiendo y jugando, muchos de ellos acompañados por mujeres que se sentaban en sus rodillas y bebían

directamente de sus bocas. Vacilé. Nastassia, a mi espalda, susurró:

—¿A qué esperas?

—¿No hay otra salida?

—¿Te da vergüenza que te vean aquí?

La respuesta solo podía ser afirmativa, pero también me daba vergüenza reconocerlo. Me dispuse a hacer de tripas corazón y di un paso, y otro, pero al tercer escalón volví a detenerme.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Nastassia.

Seguíamos en penumbra, pero la porción de taberna que divisábamos era ahora mucho más grande y algunos de los rostros de aquellos hombres eran claramente visibles bajo el fulgor de las lámparas de aceite. Uno de aquellos rostros estaba empotrado entre los pechos cubiertos de vino de una joven de cabello oscuro y lacio. Hizo una breve pausa para besar a la chica en los labios y la luz le dio de lleno. Era el rostro de mi padre.

—No puedo continuar —dije.

—No seas imbécil.

—Lo siento, pero no puedo.

Retrocedí, obligando a Nastassia a retroceder también, refunfuñando. Volvimos al pasillo del piso superior.

—Ni que hubieses visto un fantasma —dijo Nastassia.

—¿No hay otra salida?

—Puedes saltar por una ventana. Pero te advierto que no es este el mejor momento para que te sorprendan haciéndolo.

—Correré.

—Y te perseguirán. ¿Acaso no has oído que el Tracio está en la ciudad?

—Yo no he oído nada de ningún Tracio.

Los hermosos ojos verdes de Nastassia centellearon en la penumbra del pasillo.

—¿De dónde has salido tú? —murmuró.

Tuve que quedarme a oír la historia del Tracio. En cualquier otro momento, me habría encantado: la voz de Nastassia hacía juego con sus ojos, con el mohín involuntariamente provocativo de sus labios, con el sugerente temblor de sus pechos al esforzarse en hablar en voz baja. En ese preciso momento, no obstante, y por mucho que entre mis piernas volviese a crecerme una monumental aquiescencia ante el aplazamiento de mi plan de fuga, no dejaba de repetirme a mí mismo que cada minuto que pasaba en aquella casa era un minuto que me acercaba peligrosamente a la confrontación con mi querido padre, pues no tardaría este en levantar en vilo a la joven del canalillo generoso y subir con ella a una de las habitaciones del piso en el que Nastassia y yo nos encontrábamos. Aun así, sacudido por la impaciencia y la excitación y el temor, logré comprender que el tal Tracio era un ladrón de fama panhelénica que no dejaba testigos de sus robos, que actuaba solo, introduciéndose en las casas al amparo de la noche y conduciéndose con tanto sigilo como rapidez, y que, en las pocas ocasiones en que alguien le había sorprendido con las manos en la masa, no había dudado en degollar al pobre infeliz. Hacía tan solo tres noches que su presencia había quedado confirmada por un tabernero que, mientras la vida se le escapaba a borbotones por la yugular seccionada, había logrado dibujar con sangre el inconfundible símbolo con que el Tracio marcaba las casas que planeaba asaltar: un símbolo solar muy popular entre los persas y conocido entre los griegos como «esvástica».

—Me importa un rábano el dichoso Tracio —mascullé, en cuanto tuve ocasión—. Estoy convencido de que puedo escaparme sin ser visto.

—Si es así —objetó Nastassia—, no entiendo por qué me has pedido ayuda.

¿Alguna vez se habría visto a sí misma? Me dejaría matar, con tal de conseguir que ella me ayudara.

—Volveré con el quitón —le aseguré.

Y sin darle tiempo a abrir la boca empujé la puerta de la que, erróneamente, tomé por la habitación donde nos habíamos conocido. Me encontré frente a frente con un rostro barbudo de ojos centelleantes, cuyo extremo fulgor solo podía explicarse por la presencia, un poco más abajo, de un esclavo desnudo con los ojos cerrados y el culo en pompa. Tampoco el aullido que soltó el de las barbas podía atribuirse a emoción alguna suscitada por mi brusca interrupción, sino al momento culminante de una relación erótica consentida —al menos, por una de las partes—. Pero ya me he referido a lo difícil que resultaba, en aquellos tiempos, distinguir la realidad de la apariencia: me disponía a retroceder y cerrar la puerta a mis espaldas —era evidente que aquellos ojos ardientes no me habían visto— cuando el hombre de las barbas resbaló por la espalda del esclavo y se desplomó con un ruido seco, mientras el esclavo se incorporaba, abría los ojos, se giraba y contemplaba (contemplábamos) cómo manaba la sangre del escroto apuñalado del barbudo.

—Hostia puta —exclamé, o algo muy parecido, pues aún no se habían inventado las hostias.

El esclavo, al oírme, se giró, me miró de hito en hito y se llevó un dedo a los labios y después simuló cortarse a sí mismo el pescuezo con el pulgar correspondiente. Yo estaba

paralizado, aunque solo de cuello para abajo, ya que no conseguía dejar de parpadear y mis labios emitían un burbujeo prolongado, como el de un tartamudo atascado con una consonante bilabial. De acuerdo, murmuró el esclavo; acércate, sin tonterías. Yo no me moví. El esclavo parecía a punto de decir algo más cuando, de repente, levantó la mirada y la fijó en un punto a mis espaldas. Me volví, involuntariamente. Nastassia estaba en el pasillo, observando, más curiosidad que horror en su mirada. Hola, guapa, murmuró el esclavo como para sí mismo. Sus ojos parecían llamear de lujuria y codicia, pero no: tan solo era el reflejo de un resplandor creciente en el pasillo, detrás de Nastassia, un candil o varios que se aproximaban subiendo la escalera.

Todo ocurrió en un santiamén (expresión que, por cierto, tampoco se había inventado): el esclavo apareció vestido y armado con el mismo puñal que había empleado para hurgar en la raíz del barbudo, echó mano a una especie de bolsa de cuero abultada, del tamaño de una cabeza pequeña, y, después de señalarme con el puñal y soltar un gruñido ininteligible, se esfumó. Mientras tanto, el resplandor en el pasillo había ido creciendo hasta adquirir las dimensiones de un amanecer privado, y una cuadrilla de hombres, borrachos todos ellos, irrumpió en la habitación, donde tomaron buena nota del estado cadavérico en que se hallaba el barbudo, después de lo cual expresaron su disgusto en varias lenguas, todas malsonantes, y se quedaron finalmente callados, mirándonos a Nastassia y a mí. Lleva puesto su quitón, dijo uno; el quitón de Timarco. Deduje que Timarco era el barbudo y me propuse balbucear una protesta, pero ya otro de aquellos hombres había señalado, entre mis piernas, algo dibujado en el suelo, más o menos donde el esclavo había apoyado sus codos menos de cinco

minutos antes. Miré yo también. Había una esvástica grabada en la madera.

—Ah, no —dije—. No, no, no.

Pero sí: lo percibía en las pupilas dilatadas de aquellos hombres que ni se habían molestado en mirarme cuando entraron en la habitación pero que, ahora, me contemplaban con temor, admiración, odio y cautela. Todos menos uno. Mi padre, que parecía haberse unido a la cuadrilla en el último momento, apenas descubierto el símbolo del Tracio grabado en la madera, alzó la voz y dijo:

—¿Este, el Tracio? ¿El pánfilo este? ¿El caraculo de mi hijo?

Bien hecho, padre, pensé; disimula tu cariño, hazles creer que soy un pánfilo y un caraculo, muy bien pensado.

—Si ni siquiera es capaz de encontrársela para ir a mear —añadió, con un ademán despectivo que me hizo sentir orgulloso de sus dotes interpretativas—. ¿Cómo iba a arreglárselas para organizar esta escabechina?

Tal vez mi padre sobreactuaba, pero en todo caso la cuadrilla se contuvo lo suficiente para reflexionar entre gruñidos y bufidos, ni una sola palabra inteligible, algunos asintiendo con la cabeza y otros simplemente cabeceando a causa del vino. Pero el quitón, murmuró uno; lo ha robado, eso es un hecho. Si no es el Tracio, es su cómplice, agregó otro, en voz más alta. Volvió a cundir la excitación mientras mi padre alzaba los brazos intentando hacerse oír de nuevo, pero la voz que finalmente hizo callar a toda la cuadrilla fue la de Nastassia.

—Yo lo hice —dijo—. Yo robé el quitón.

Aún estupefactos, los hombres no perdieron un instante en rodear a Nastassia. ¿Tú eres la cómplice del Tracio?, preguntó uno. Yo miré a mi padre, que no se había movi-

do y permanecía con la mirada gacha, menos aliviado de lo que yo esperaba. Después grité:

—¡Dejadla! ¡Ella no ha hecho nada!

Pero me había vuelto invisible de nuevo, e inaudible también, por lo visto. Intenté abrirme paso a empujones para alcanzar a Nastassia y ponerla bajo mi protección, pero no logré sino enfurecer a un par de tipos que me fulminaron con la mirada, primero, y después me propinaron sendos bofetones que me hicieron tambalearme y caer. Intenté incorporarme, pero la manaza morena de mi padre me lo impidió.

—Déjame —le dije.

—Cállate, imbécil, y no te muevas. ¿Prefieres ser tú en lugar de ella?

—¡Sí!

Ni se inmutó.

—Es probable que mueras de un modo parecido —dijo—. Por una metedura de pata. Por culpa de tu falta de sesera. No llegarás a viejo, hijo mío, y muy seguramente morirás por mano ajena. Pero no será esta noche.

No se equivocó ni en las comas, el muy pitagórico.

No diré que me quería, mi padre, al menos no del mismo modo en que yo he llegado a querer a mis hijos, pero en esos momentos, mientras la turba de borrachos conducía a Nastassia al piso inferior y nos quedábamos solos, él y yo, junto al cadáver de Timarco, parecía un padre ansioso por proteger y cuidar a su único hijo, hasta tal punto ansioso, añadiría yo, que se le veía muy capaz de matarme antes de permitirme morir a manos de un desconocido. Yo, por mi parte, estaba muy lejos de agradecer tan novedosa expresión de cariño: anhelaba correr escaleras abajo, liberar a Nastassia de sus captores y llevármela lejos, muy lejos, tan lejos como fuera posible (¿cómo de grande sería el

mundo?), pero la pétrea mirada de mi padre, y sus no menos pétreas manos haciendo presión sobre mis hombros, me lo impedían.

Para cuando la presión aflojó, todo había terminado. Nastassia había sido zarandeada, escupida, golpeada. La habían desnudado, la habían arrastrado hasta la calle, le habían saltado un ojo de una patada. Habían seguido golpeándola hasta que dejó de moverse. La dejaron en el suelo, boca abajo, asfixiándose lentamente en su propia sangre. Un perro le olisqueaba la nuca cuando mi padre y yo pasamos, cabizbajos, rumbo a casa. Le arrojé al perro una piedra. El perro se apartó y la piedra golpeó a Nastassia en un hombro. Mi padre me dio una colleja. Respeta a los muertos, me dijo, como si ni él ni yo hubiéramos tenido arte ni parte en aquel estropicio. No está muerta, le dije. Claro que lo está, repuso él.

No lo estaba. La levantamos del suelo con cuidado. Esto no cambia nada, rezongaba mi padre; aunque viva, seguirá estando muerta para todo el mundo. Así y todo, me ayudó a llevarla a casa, a nuestra casa, cargando él con casi todo el peso. Tan solo flaqueó unos instantes antes de entrar, se detuvo y musitó, como si no hubiera ninguna prisa y la muchacha que transportábamos no corriera ningún peligro de morir en cualquier momento:

—¿Qué vamos a decirle a tu madre?

Esta vez estuve a punto de abalanzarme sobre él y estrangularlo, o al menos intentarlo antes de que me saltara los dientes de un puñetazo, pero me contuve a tiempo.

—Dile lo que te dé la gana —le dije—. Dile que no estabas allí, que fui yo a buscarte, que estabas en el puerto jugando a los dados. Pero por el diez —añadí con un temblor en la voz— no perdamos más tiempo.

Asintió. Empujó la puerta y entramos. Mi madre se materializó al instante. Nos miró, miró a Nastassia, volvió a mirarnos, no pronunció una sola palabra.

Era evidente que ya lo sabía todo.

Como si se tratara de una costumbre de la familia, traer a una moribunda a casa y afanarse en salvarle la vida, mi madre se hizo cargo de Nastassia, sin hablar nos hizo saber que prefería prescindir de nuestra ayuda, y así mi padre y yo volvimos a vernos deambulando por las calles de Esmirna en plena noche. No teníamos nada que decirnos y nada nos dijimos. La oscuridad amortajaba la ciudad, despojándola de cualquier semejanza con la Esmirna que yo conocía, en la que me había criado y donde había aprendido, sobre todo, a subsistir sin ningún talento en especial. Me dolía la garganta, y un poco más abajo, en la boca del estómago, sentía un peso que parecía no tener una causa fisiológica inmediata. Ladraban los perros. Circunnavegábamos la charca hedionda que considerábamos nuestro hogar. Ahora creo que aquel paseo nocturno, tan fatigoso, fue una fatigosa despedida. Pero entonces no lo sabía, y tardé más de una vida en comprenderlo.

Seis meses más tarde y tres mil kilómetros al este, mientras la vida me iba abandonando, o más bien, como creía yo entonces, mientras mi alma se esforzaba en abandonar mi cuerpo, ni se me ocurrirá pensar que fue mi madre quien me puso en peligro al poner a Nastassia fuera de peligro, como tampoco se me pasará por la imaginación culpar a Nastassia de mis desgracias después de haber sido yo el causante de sus dos agonías consecutivas. A decir verdad, y muy al contrario de lo que suele pensarse, no es a las puertas de la muerte cuando uno está más lúcido